

plegaron con Alberico de Barbiano y el duque Urbino, un valor digno de un objeto más noble.

El gobierno del papa se había asegurado, así como los demás gobiernos italianos, restringiendo las franquicias municipales; las ciudades habían conservado en parte sus tierras y las hacían valer; varias de ellas administraban sus bienes, reclutaban soldados, imponían contribuciones y asignaban sueldos. Julio II no avasalló á ninguna, durante la guerra de Venecia, sin estipulaciones establecidas de antemano, y esta relación especial de derecho público se llamaba *libertas ecclesiastica*. A veces los gobernadores eran seglares, pero las ciudades consideraban como un honor el que perteneciesen al clero. Había en cada municipalidad: cuerpos que gozaban de privilegios, tales como los nobles, los ciudadanos y la misma municipalidad; pero no se conocieron nunca en los Estados Pontificios las constituciones provinciales (9). Estos Estados se asemejaban al veneciano, en el que la autoridad soberana se encontraba también en poder de los concejos, que con frecuencia tenían á otros concejos bajo su dependencia; y la corte pontificia dominaba á todas en Roma, como la nobleza en Venecia. Pero al paso que en Venecia el cuerpo supremo, compuesto de la nobleza hereditaria, consideraba los derechos del gobierno como una propiedad paterna, los elementos cambiaban en cada cónclave la corte romana, con la introducción de los parientes y compatriotas, del nuevo papa. En Venecia los empleos se conferían por el cuerpo, en Roma por el jefe; en aquella, severas leyes sujetaban á los gobernadores, en ésta sólo la esperanza del ascenso los mantenía en el deber. Las constituciones que daba Venecia eran más estables; la de los Estados del papa dependían de la voluntad del pontífice. Mientras que la clase media y el pueblo bajo permanecían tranquilos y laboriosos, los nobles, que desempeñaban la administración municipal estaban en una inquietud continua, sin ocuparse ni de industria ni de artes, y sin tener una educación superior á la de las demás clases; no olvidaban los nombres de güelfos y gibelinos, que aplicaban á nuevas disensiones, se diferenciaban en el traje, «en el modo de cortar el pan, ceñirse la espada, llevar el penacho, un nudo ó una flor en el sombrero ó sobre la oreja.» No había una ciudad ni una familia que no estuviese alistada bajo una ú otra bandera, y ejercían sus odios rodeándose de espadachines ó comprando sus servicios en la ocasión oportuna.

Esta desunión y las envidias quitaban á las ciudades la fuerza para sostener sus derechos municipales; pues cada facción se dedicaba á ganar á su partido al nuevo legado, en lugar de tratar de contenerle; y se veía precisado á decidirse por uno ú otro. Los señores del campo que hacían osten-

(9) Véase sobre esto á RANKE, *Die Fuste und die Völker*, etc.

ción de hospitalidad y lujo tenían relaciones con los de la ciudad, pero con preferencia con los propietarios del país que dependían de ellos á la manera patriarcal, y de los cuales algunos, que habían quedado libres, se apoyaban en una ú otra facción, y desde entonces se dedicaban á agradar á aquel que estaba á su cabeza.

Resucitaban pues los desórdenes de la Edad Media y se aplicaban los mismos remedios. A veces las gentes pacíficas formaban alianzas, como la *Santa Union* organizada en Fano para reprimir los asesinatos y salteamientos (10), bajo juramento de sostener la paz pública, aun con peligro de su vida. Esta asociación se extendió por toda la Romaña con el nombre de los *pacíficos*, y de aquí resultó una especie de magistratura plebeya, lo que naturalmente favoreció, tanto como las rivalidades de los concejos, los acrecentamientos del poder público. El Estado se fundaba así no sobre el orden, sino en las enemistades, la desconfianza y la oposición entre la fuerza y la ley.

Durante las frecuentes vacantes del trono pontificio, las ciudades levantaban la cabeza, y los antiguos señores procuraban recobrar su dominación; pero las ciudades y los señores debían permanecer siempre en la expectativa, por temor de que un pariente del papa ó algún cardenal no obtuviese derechos con detrimento suyo, á fin de indemnizarse con dinero ó manifestaciones, y á veces á viva fuerza. Si sucumbían en su tentativa, resultaba un aumento de cargas. Faenza festejaba todos los años el día en que había arrojado en una verdadera batalla á los suizos de Leon X (1521), Yesi, aquel en que se había sustraído á la tiranía del prolegado (1528). Ancona, por el contrario, permaneció sujeta por las tropas y una fortaleza (1532); á Perugia, que se había negado á pagar el impuesto de la sal, se fulminó contra ella entredicho, y habiéndola vencido Pedro Luis Farnesio por las armas (1540), se abrogó sus antiguos privilegios (11).

Al oír las quejas universales de los extranjeros sobre la enorme cantidad de oro que se enviaba á Roma antes de la reforma, se creería que abundaba allí mucho. Pero sucedía allí lo que en España; verdaderamente bien poco llegaba á poder del papa, que por el contrario se veía reducido á tal penuria, que Pio II tuvo que sujetarse á hacer una comida al día por falta de dinero, y pedir prestados 200,000 ducados para la expedición contra los turcos, pues habiéndose vendido la mayor parte de los empleos, los productos se quedaban en ma-

(10) AMIANI, *Memorias de Fano*, II, 146.

(11) TONDUZZI, *Historia de Faenza*, pág. 609.

BALDASSINI, *Memorias históricas de la antiquísima ciudad de Yesi*, pág. 256.

SARACINELLI, *Noticias históricas de la ciudad de Ancona*, II, pág. 335.

MARIOTTI, *Memorias históricas, civiles y eclesiásticas de Perugia* (1806), pág. 113.

nos de los compradores. Contábanse en 1471 hasta seiscientos cincuenta empleos venales, cuya renta se valuaba en 100,000 escudos (12). ¿Qué recurso quedaba, pues, en los momentos de apuros? La creación de nuevos empleos, indulgencias y jubileos, medio rentístico especial. Además se inventaban títulos y empleos nuevos, de los que Sixto IV abusó estremadamente. Inocencio VIII se vió precisado á empeñar hasta la tiara, y estableció un colegio nuevo de veinte y seis secretarios, por 60,000 ducados; Alejandro VI ochenta espedicionarios de breves, á razón de 750 escudos cada uno; Julio II les añadió otros 100 para los archivos al mismo precio; y se le alabó porque supo encontrar dinero en todas las ocasiones. Ahora bien, conseguía su objeto administrando la Iglesia como administraba el Estado, es decir, vendiendo y arrendando los empleos. Leon X, que además de las guerras que tenía que sostener desplegaba gran magnificencia, puso en venta cerca de mil doscientos empleos nuevos. Aquellos á quienes se les concedían, pagaban un capital cuyos intereses se les abonaban durante su vida; deben, pues considerarse estas operaciones menos como ventas que como empréstitos ó rentas vitalicias, que producían hasta el 8 por 100 del capital. Se atendía en parte á los gastos con un ligero aumento sobre las contribuciones de la curia, en parte con el escedente, que se sacaba de los municipios del Estado, de las minas de alumbre, del monopolio de la sal, y de la aduana de Roma.

Resultó de esto una prosperidad rentística tan grande, que ya no hubo necesidad de aumentar los empleos del Estado; por lo demás era él el que gastaba menos, en atención á que no estaba obligado como los demás á sostener grandes ejércitos, que en todas partes son la ruina del erario público. Pero al momento que las arcas del Estado cesaban de dar un escedente, las rentas volvían á caer en el desorden. Ahora bien, tanto como consecuencia de la reforma, como en virtud de los obstáculos que habían puesto los soberanos á la exportación del numerario, Leon X los dejó en un estado tan deplorable, que Adriano se vió en la necesidad de hacer un nuevo impuesto de medio ducado á cada vecino, lo que produjo gran descontento. Después de él Clemente VII recurrió á un empréstito simple de 200,000 ducados al 10 por 100, transmisible á los herederos, *monte non vacabile*, asegurado sobre las aduanas; pero los capitalistas pretendieron tomar parte en la administración de ellas. Los pontífices que siguieron aumentaron este empréstito. Paulo III introdujo otra innovación, renunciando á aumentar el precio de la sal: estableció el *subsidio*, impuesto directo que prometió abolir después y que existía

(12) Manuscrito Chigi citado por RANKE, libro IV, párrafo 2; donde esta parte está tratada de una manera notable.

ya con diferentes nombres en los demás países meridionales (13); 300,000 escudos se repartieron de esta manera á las provincias sin ninguna excepción. Las ciudades se quejaron vivamente; Bolonia se emancipó pagando un capital en dinero contante. Fué, pues, preciso perdonar una parte, y hasta la totalidad á otras ciudades, y aun fué mucho si entró la mitad en las cajas del pontífice. Sea lo que se quiera, las rentas del Estado, que ascendían en tiempo de Julio II á 350,000 escudos, á 420,000 en tiempo de Leon X y á 500,000 en el de Clemente VII, llegaron cuando murió Paulo III á 706,423 escudos.

Fué sin embargo necesario en los tiempos que se siguieron, recurrir á nuevos expedientes, é imponer contribuciones sobre la harina, la carne y otros objetos, asignándolas siempre á los acreedores. Según Gregorio Leti, los papas percibían por lo común 1.270,000 escudos de oro, y además 414,000 por multas y derechos de cancellería. Sixto Quinto aumentó esta renta con nuevos impuestos exigiendo el pago de las deudas antiguas, aumentando las multas y haciendo pagar á los judíos la protección que obtenían del gobierno. Se vió precisado á ello por la necesidad de sostener á los católicos; fuese contra los protestantes ó contra los turcos; porque los papas unían el ejemplo á las exhortaciones. Los nuevos gravámenes eran acompañados de ventas y otras enajenaciones. Así fué, que aun cuando se aumentó el impuesto, la cámara apostólica apenas pudo aprovecharse de él.

El Estado pontificio llegó á contraer tantas deudas como los demás. La antigua independencia sucumbió á impulsos de una administración regular, y las costumbres militares se perdieron desde el momento en que ya no se sostuvieron más que quinientos hombres de tropas, en su mayor parte suizos. Esta fué, no obstante, la época en que, por decirlo así, se renovó la ciudad de Roma. Los grandes desastres de los primeros tiempos de la invasión, la barbarie, las guerras intestinas, y tal vez aun más que lo demás, la traslación de la Santa Sede á Aviñon, la habían despoblado. Cuando volvieron los papas (1377), no estaba habitada más que por vaqueros, que habían bajado de las montañas inhospitalarias á las llanuras que están á las orillas del Tiber, se habían alojado en miserable zaguizamís que forman estrechas y fangosas calles, oscurecidas por los aleros de los tejados, y con arcos que había de una á otra cabaña. Los antiguos edificios estaban arruinados, las cabras pastaban en el Capitolio, las terneras andaban errantes por el Foro romano (14); y desde la iglesia de San Silvestre hasta la puerta de los Alamos (del Popolo), no había más que huertos y panta-

(13) En Nápoles, el *don gratuito*, en Milan el *don mensual*, en España el *servicio*.

(14) De aquí proceden los nombres de *Monte caprino*, *Foro boario*, *Campo vaccino*, que aun subsisten.



nos, á donde iban á la caza de gansos salvajes. Nicolás V fué el primero que resolvió adornar á Roma con edificios que estuviesen acordes con su majestad antigua y su nueva grandeza; sus sucesores siguieron su ejemplo, sobre todo Julio II y los Médicis. Nuevas construcciones poblaron las dos orillas del Tíber, que Sixto IV habia reunido por el puente que lleva su nombre. Puede decirse que Julio II, sin hablar de las maravillas del Vaticano y de la cancelleria, reedificó la ciudad baja y la calle Julia, paralela á la de Lungara. Los cardenales y príncipes construyeron á porfía palacios; y los de Riario, Chigi, Farnesio y los Orsini, rivalizaron en belleza con las construcciones antiguas, sobrepujándoles en comodidad (15).

El saqueo de Roma y la peste, la despoblaron de nuevo; pero en tiempo de Pio IV, volvieron otra vez á construir, y los palacios se edificaron sobre las solitarias colinas. Abandonóse el antiguo Capitolio por el nuevo, donde se levantó majestuosamente el palacio de los Conservadores, obra de Miguel Angel. La misma mano edificaba en el Viminal, á Santa Maria de los Angeles; adaptándole los admirables restos de las termas de Diocleciano; la puerta Pia se abria sobre el Quirinal y las nuevas basílicas no tenían nada que envidiar á las antiguas.

¿Pero podían las siete colinas poblarse completamente mientras les faltase el agua? Sixto Quinto se atrevió á emprender un trabajo digno de los antiguos señores del mundo. Trajo á la ciudad desde una distancia de veinte y dos millas, la *Acqua felice*, que saliendo de su estrecho sendero como dice el Tasso, saltó clara y límpida para contemplar á Roma tal como la vió Augusto. Hizo allanar el terreno cerca de la Trinidad de los Montes, y disponer la pendiente con numerosos escalones que reunieron esta plaza á la de España; abrió además la *Via felice*, y las demás calles que se dirigen á Santa Maria la Mayor. Con poca inteligencia de la hermosura clásica y de las grandes obras profanas, no tuvo escrúpulo en derribar el *Septizonio* del emperador Severo, para trasladar sus columnas á San Pedro: se proponía destruir el sepulcro de Cecilia Metella y otros más, que no le parecían otra cosa que escombros sin gracia. Derribó el antiguo palacio de los papas, venerable por su antigüedad y sus formas propias, para sustituirle el de Letran, obra que carece de carácter. A disgusto dejaba en el Vaticano el Laocoonte y el Apolo; y si toleró una Minerva en el Capitolio fué á condicion de que su lanza seria convertida en cruz. Quitó á las columnas Trajana y Antonina su carácter profano, haciendo estuviesen sobrepuestas de las estatuas de san Pedro y san Pablo, á fin de que desde aquel punto elevado los dos apóstoles pareciese que velaban sobre la ciudad de los mortales. Des-

(15) *Opusculum de mirabilibus novæ et veteræ urbis Romæ, editum á FRANCISCO ALBERTINO*. 1515.

pués de haber hecho levantar en el Vaticano el obelisco egipcio, hizo incrustar en él un pedazo de la verdadera cruz, á fin de que los monumentos de la impiedad estuviesen sometidos al símbolo de la fe en los mismos lugares donde los mártires habian sufrido tanto por ella. Los demás obeliscos de Letran y Santa Maria la Mayor de la plaza del Popolo se erigieron entonces; la cúpula de San Pedro se redondeó en los aires; los dos colosos que tenían inscritos los nombres de Fidiya y Praxitéles se colocaron enfrente del Palacio Quirinal. Sixto Quinto aumentó la biblioteca vaticana y la imprenta griega y oriental, construyó tambien el gran hospital, á lo largo del Tíber, para dos mil pobres.

La poblacion, que en tiempo de Paulo IV ascendia apenas á cuarenta y cinco mil almas, en el suyo llegó á cien mil personas de todas las naciones, cuyas diferentes costumbres ofrecian el golpe de vista más estraño: estos extranjeros entraban al servicio de diferentes cardenales, haciéndoles una corte asidua, con la esperanza de que su patrono llegase á la suprema dignidad. Los favoritos y parientes de cada pontífice formaban después una nueva nobleza, cuyas fortunas se hacian con rapidez. Cuando en otro tiempo los nobles se agrupaban en rededor de las dos familias Colonna y Orsini, que estaban á la cabeza de dos facciones, constantemente enemigas, Sixto Quinto creó los *príncipes del solio*, que tuvieron derecho á permanecer cerca del trono pontificio cuando tenían capilla, y este derecho se confirmó á las dos familias rivales; resultó de ello que los demás se separaron de ellas; fuese por envidia ó por el sentimiento de su inferioridad.

Enteramente penetrado de las doctrinas del poder espiritual y de la idea de que el poder real se derivaba del del pueblo y de la Iglesia, procuró reunir los Estados católicos de Alemania, al emperador y al rey de España para el triunfo de la ortodoxia; pero vió sucumbir á la Liga en Francia, escamulgó á Enrique IV, á quien, sin embargo, estimaba: habiendo reconocido el peligro de dejar predominar la España, se inclinó á la Francia. De esta manera es como supo hacerse respetar y temer á la vez de los gabinetes europeos, pero fué el último pontífice que tomó una parte activa en las vicisitudes políticas.

Cuatro papas hubo en diez y seis meses. Después de Urbano VII (J. B. Castagna) (1590), ascendió al trono pontificio Gregorio XIV (Nicolás Sfondrati), que empleó contra Enrique IV los tesoros reunidos por Sixto Quinto, y devolvió el derecho de asilo á las iglesias y á los conventos; Inocencio IX (Juan Antonio Facchinetti), después Clemente VIII (Hipólito Aldobrandini, 1591), que sostuvo la balanza entre la España y la Francia, é hizo la paz entre ellas. Encontrando que las consultas no servian más que para poner trabas á los negocios y hacer perder tiempo, obraba por sí mismo, y no recurría á otro medio sino para promulgar sus resoluciones. Estableció tambien im-

puestos sin oír á los contribuyentes, y obligó á los barones á someterse á la justicia. Cuando llegó á una edad avanzada se dejó dirigir por el cardenal Aldobrandini, su sobrino, el que hizo prevalecer á la Francia. Enrique IV fué, pues, vuelto á bendecir, y ya no fué posible á la España influir despóticamente en las decisiones pontificias.

Paulo V.—Leon XI, de la familia de los Médicis, pariente de la casa real de Francia, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese) (1605), que fué contrario al partido francés. Pontífice muy estudioso, ascendido á la tiara sin ninguna intriga, conoció su dignidad, y se propuso realzar la autoridad moral del catolicismo. Canonizó á san Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania, é impuso rigurosamente la residencia á los cardenales. Instruido como lo estaba en el estudio de las leyes, pretendió todos los derechos de la Santa Sede tales como resultaban de las decretales; y dió la última mano á la bula *In cæna Domini*, que se acostumbra á citar como el colmo de la arrogancia papal. Dejando á un lado las cosas de poca importancia, y despojándola de las frases en relacion con el espíritu de la época, escamulgó en sus veinte y cuatro párrafos á los herejes, bajo cualquiera denominacion que existan, á los que los defienden ó leen sus libros, á todos los que los tienen, los imprimen ó estienen, á los que apelan del papa al concilio, á los piratas y corsarios del Mediterráneo y á los que roban los barcos naufragos cristianos; á los que imponen á sus pueblos nuevas contribuciones ó aumentan las antiguas; á los que proporcionan á los turcos armas, hierro, instrumentos de guerra ó les dan consejos; á los que apelan de las prescripciones del papa á los tribunales seculares; á los que hacen leyes contra la libertad eclesiástica, ponen obstáculos á los obispos en el ejercicio de su jurisdiccion, embargan las rentas de la Iglesia, citan á los eclesiásticos ante un tribunal seclar, imponen contribuciones al clero, ocupan ó inquietan el territorio de la Iglesia, comprendiendo en él la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña.

Todos los obispos debian leer una vez al año esta bula á sus ovejas; pero cuanto más el papa estendia sus pretensiones, menos dispuestas se encontraban las potencias italianas á ceder. En Nápoles se condenó un librero á galeras por haber publicado la obra de Baronio contra la monarquía siciliana. En Luca los decretos de los empleados del papa no se admitian sino cuando habian sido aprobados por los magistrados. En Saboya se conferian los beneficios reservados al pontífice; en Génova se habian prohibido las asambleas convocadas por los jesuitas como motivo de manejo en las elecciones. Venecia hacia que se presentasen ante los tribunales ordinarios, sacerdotes culpables de varios delitos. Paulo V fulminó mo-

nitorias y excomuniones; pero como encontró más contradiccion que lo que esperaba, las moderó con prudencia. Aquel papa, que se mostró tambien muy espléndido con las artes, cometió la falta de favorecer demasiado á sus sobrinos.

Gregorio XV.—Después de su muerte, su faccion eligió á Gregorio XV (Alejandro Ludovisi) (1621), que débil é incapaz, abandonó las riendas á su sobrino Luis Ludovisi, para no ocuparse más que de las letras y de la religion. Aficionado éste al dinero, á los placeres y al fausto, tenia al menos gran habilidad para dirigir los negocios, y bordear en medio de la tempestad; entonces fué cuando se santificó á Ignacio de Loyola y á Francisco Javier, cuando el fraile Gerónimo de Narni, predicador de un talento notable, dió impulso á la congregacion *De propaganda fide*, á cuya obra contribuyó Luis Ludovisi con su propio peculio.

Aquel reinado, que fué corto, es memorable por razon de la bula con que se quisieron remediar los abusos del cónclave. Se conocian tres clases de elecciones: por escrutinio, en el cual era preciso que las dos terceras partes de los cardenales estuviesen acordes; por compromiso, cuando se facultaba á uno de ellos para el nombramiento del papa; por aclamacion, cuando el mismo nombre se proclamaba sucesivamente por inspiracion divina. Pero allí presidian demasiado las intrigas, y los imperiales y España pretendian dar leyes al cónclave, con lo cual se prolongaban las vacantes; y durante ellas, las bandas de Piccolomini y Sciarra se reunian de nuevo. En su consecuencia se estableció que los cardenales elegidos por el difunto se uniesen al rededor del cardenal, sobrino de éste, para elegir uno entre ellos; pero como casi nunca lo conseguian, se convertian en oposicion, y ordinariamente nombraban al papa en la eleccion sucesiva.

Urbano VIII.—Mateo Barberini, de una familia florentina, enriquecido en Ancona por el comercio, le sucedió bajo el nombre de Urbano VIII. Así como Clemente VIII leia á san Bernardo, y Paulo V las obras de Giustiniani de Venecia, Urbano VIII amaba los poemas modernos, componia versos, y llamó á Roma á Leon Allacci, á Lucas Holstein, á Abraham Echelense, y además á lo mejor de los italianos. Prohibió á los eclesiásticos todo comercio, toda ocupacion secular, y publicó mejorado el breviario, cuyos himnos corrigió él mismo. En una época en la que los títulos adquirian una importancia que habian perdido las cosas, confirió el de *Eminencia* á los cardenales, á los que se les llamaba antes monseñores reverendísimos.

Considerándose además como príncipe temporal, proyectaba fortificaciones; y cuando le enseñaban los monumentos de mármol construidos por sus predecesores, decia: «Yo los haré de hierro.» Cerró, construyendo el puente Urbano las fronteras de Bolonia, fortificó á Roma, rodeó de murallas el palacio de Monte Cavallo, sin respetar



las antigüedades del jardín Colonna; estableció en Tivoli manufacturas de armas, un arsenal y una guarnición; declaró á Civitavecchia puerto libre, de manera que los berberiscos iban á vender allí el botín cogido á los cristianos. Rodeado de gran esplendor, alabado como poeta y gozando de una salud de atleta, creía firmemente en su importancia personal, y obraba en todo con una autoridad absoluta, diciendo: «Entiendo los negocios mejor que todos los cardenales reunidos.» Como se le hiciesen objeciones sacadas de las antiguas constituciones papales: *La decision de un papa vivo, contestó, vale más que la de cien papas muertos.* Si se quería que adoptase una idea era necesario ponerle la contraria. Era designado como árbitro por toda la Europa; mision sublime si hubiese sabido desempeñarla dignamente. Pero charlaba con los embajadores, se entregaba á declamaciones; de tal manera, que no se podía llegar nunca á obtener un resultado; pues tanto el sí, como el no, eran dictados por el capricho y no por la reflexión.

En tiempo de este pontífice, la adquisición de Ferrara y de Urbino aumentó el territorio del papa. Ferrara no había sido feliz bajo el mando de Alfonso II (1559-97), último duque de Este, y Montaigne, que viajaba en aquella época por Italia, la encontró despoblada. El puerto de Primaro y el de Volano estaban destruidos por las arenas, en atención á que el duque ocupaba en sus propias tierras á los trabajadores destinados á sostener los diques y regularizar el derrame de las aguas; además gravaba á sus súbditos con contribuciones de todas clases, ejercía el monopolio de la sal, del aceite, de la harina y del pan: estaba prohibida la caza, excepto á los nobles por algunos días y sólo con tres perros; todo el que violaba las prohibiciones era ahorcado. Sólo la corte había adquirido un gran brillo por medio de una política tortuosa que contribuyó á sostenerla, al paso que los demás principados se arruinaban en su rededor; además el favor que concedía á los literatos, asociaba sus alabanzas á la inmortalidad de algunos de ellos. Juan Bautista Pigna y Montecatini, profesores en la universidad, llegaron á ser sucesivamente primeros ministros sin interrumpir sus trabajos y lecciones. A Bautista Guarini se le envió en calidad de embajador á Venecia y á Polonia; Francisco Patrizi fué el objeto de aduladoras caricias. Abriéronse discusiones académicas en el palacio ducal; construyéronse teatros, en los que se inventó y perfeccionó la poesía pastoril. Espléndidas fiestas, representaciones, torneos, en los que figuraban hasta cien caballeros; proporcionaban ocasion de reunir gran número de extranjeros, ante quienes se desplegaba la cortesania del príncipe y de las damas cantadas por el Tasso. Pero la protección que Alfonso concedía á las letras era orgullosa é intolerante. Habiendo dejado conocer el Tasso la intención de oír á los Médicis, que le llamaban á Florencia, le retiró su favor y privó de la libertad. El ilustré predicador Panigarola, atraí-

do con muchas instancias á Ferrara, fué desterrado con violencia cuando habló de ir á hacerse oír á otra parte.

Privado Alfonso de posteridad, procuraba evitar que sus súbditos cayesen bajo un yugo extranjero. A pesar del estatuto de Pio V, que prohibía poner en feudo los Estados reversibles á la Santa Sede, obtuvo del emperador que los suyos pasarian á su sobrino César, que se revistió con el manto ducal (1597), en medio de una alegría tanto más grande, cuanto que los de Ferrara habían temido perder su independencia. Pero Clemente VIII reivindicó sus derechos, que sostuvo con las armas y las excomuniones. César se vió, pues, obligado á renunciar á Ferrara y á Comacchio para retirarse á Módena, donde fué el tronco de la línea ducal que subsistió hasta 1797. El papa, por medio de favores, se concilió la nueva adquisición, reintegró los privilegios municipales, formando un consejo de veinte y siete miembros de la alta nobleza, cincuenta y cinco de la pequeña nobleza y de los notables de la clase media, y diez y ocho de las corporaciones. Construyóse una fortaleza en el barrio más populoso; pero los habitantes del país sintieron, como era de costumbre, una dominación que habían aborrecido en la época de su esplendor, y Ferrara quedó despoblada.

Federico de Montefeltro, conde de Urbino, vivió en continuas guerras al sueldo de otro, edificó el castillo de Urbino, uno de los mas hermosos de Italia, en el que gastó 200.000 ducados y adornó con las obras maestras del arte, sin contar una rica biblioteca, y concluyó por obtener el título de duque. Guidobaldo, que sirvió tambien al sueldo del papa, fué desposeido por César Borgia, y volvió á su ducado, cuando éste sucumbió. Julio II le colmó de favores, é hizo que eligiese por heredero al sobrino de ambos, Francisco Maria de la Rovere, que habiéndole sucedido, se hizo útil al papa como capitán general de la Iglesia. Leon X se dedicó á rebajarle, con el objeto de ensalzar su casa; fulminó contra él la excomunion y le arrebató su ducado, con el que invistió á Lorenzo de Médicis; pero Francisco Maria fué reintegrado en sus Estados en tiempo de Adriano VI, y contado entre los mejores capitanes de la época, como tambien Guidobaldo II, su sucesor.

El ducado de Urbino comprendia siete ciudades y cerca de trescientas aldeas, con una costa marítima muy fértil y risueñas montañas; la renta ascendía á 100.000 escudos, cuando prosperaba el comercio de granos de Sinigaglia. Los príncipes ganaban, además, considerablemente al sueldo de los Estados extranjeros, y producian de esta manera al papa más de lo que le costaban. Fastuosos y literatos, como no procuraban extender su poder á espensas de los estatutos locales, eran bien vistos de los habitantes. Francisco Maria II, hijo de Guidobaldo, vivió mucho tiempo en la corte de Felipe II, y se vió precisado á casarse con Lucrecia de Este. Se unió, pues, á la edad de veinte y

cinco años, y con costumbres enteramente guerreras, á una mujer de cuarenta; resultaron discordias domésticas, y por último, una separacion. Después de la muerte de Lucrecia, el pueblo acogió con trasportes de alegría el nacimiento de un heredero que el duque tuvo de su segundo matrimonio; pero habiendo cedido el padre más tarde la dominación á aquel mancebo, éste abusó de ella, y ufano con el poder, representó en el teatro y se abandonó á la embriaguez, tanto que un día se le encontró muerto. Francisco Maria se vió precisado á recuperar un poder que no quería, y vió su herencia disputada entre el papa, á quien debia volver, y el emperador, que pretendia tener derechos á ella; lo que le indujo á dar pasos en oposicion á su voluntad. Apenas cerró los ojos, cuando sus bienes aledaños se concedieron á Florencia y el resto se confiscó por Urbano VIII, á pesar de los mismos sobrinos del pontífice, que deseaban ser investidos con ellos.

Como Urbano, engañado por ellos, no obraba sino á su capricho, se habian atraído el odio popular. Los ducados de Castro y Ronciglione, feudos pontificios, que llegaban hasta las puertas de Roma, eran particularmente el objeto de su ambicion: pertenecian á los duques de Parma, que habian abandonado su administracion á un *monte*, creado por ellos en Roma para la extincion de sus deudas. Odoardo Farnesio resistió á las instancias de los Barberini y se concilió el afecto del papa, prodigándole elogios como poeta; pero un día se pre-

sentó á él armado de punta en blanco como para quejarse de los excesos de sus sobrinos, que habian llevado la insolencia hasta á atentar á su vida. Desde aquel momento, los Barberini no se ocuparon más que de arruinarle, poniendo por obra las medidas prohibitivas, las instigaciones para con sus acreedores, y concluyendo por declararle la guerra á mano armada, con acompañamiento de monitorias, seguidas de excomunion y confiscacion de sus bienes. Viendo Venecia, la Toscana y Módena, inminente una guerra italiana, se armaron para sostener á Farnesio, que marchó sobre Roma mientras que las tropas pontificias invadian sus Estados. El papa, que no estaba instruido de nada, se asustó al verle tan cerca. Los embajadores extranjeros se interpusieron, y á despecho de las intrigas de los Barberini, se firmó la paz en Venecia y las cosas volvieron á su primer estado, exceptuando que el papa y el duque de Parma habian arruinado sus rentas; y tal vez este resultado, unido á las quejas del pueblo, abrevió los dias de Urbano (1644).

Estos son de seguro muy pequeños intereses, en comparacion de aquellos por quienes hemos visto al papado prodigar sus esfuerzos en los siglos intermedios, cuando llamaba al mundo á la civilizacion evangélica, y defendía los derechos de la humanidad contra los abusos y los tiranos de toda clase, sin inquietarse del reino de la tierra, para asegurar á los cristianos el de los cielos, es decir, la verdad, la moral y la justicia.